

CAPITÁN NEMO

# LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EN EL FONDO DEL MAR



DESTINO

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN  
**JULES VERNE**

EN EL FONDO DEL MAR

**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta S. A.

Un proyecto de Cuca Canals

© del texto: Miguel García, 2016  
© de las ilustraciones de cubierta: Álex Ferreiro, 2016  
© de las ilustraciones de los inventos en interior: Paco Porres, 2016  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: abril de 2016  
ISBN: 978-84-08-15401-3  
Depósito legal: B. 4.743-2016  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

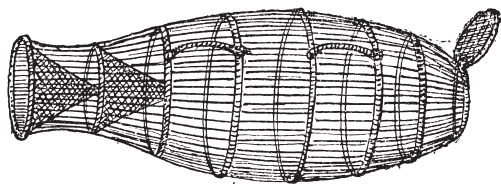
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# ÍNDICE

Prólogo del capitán Nemo . . . . .	9
1. Es la ruina. De pistacho, no . . . . .	27
2. Hecho para sumergirse . . . . .	41
3. ¿Rana o sapo? Eso ya existe . . . . .	53
4. La preguntona. Pesca en la sopa . . . . .	63
5. Prueba en seco . . . . .	81
6. A cuestras con el muerto. Buenos recuerdos . . .	93
7. El palacio de Nemo. Almuerzo con mirones .	105
8. Pura electricidad. . . . .	117
9. Vecinos agresivos. El gigante . . . . .	123
10. Una descarga que no mate. Espera a oscuras . . . . .	131

11. Normalidad, pero bajo el agua. Uno solo vivo . . . . .	143
12. Un golpe y otro golpe. Vestido para la ocasión . . . . .	153
13. El bueno y los malos . . . . .	165
14. Hasta el final. Palmo a palmo . . . . .	175
15. No es un pez, no es un cráter, no es electricidad. ¡Iré yo! . . . . .	183
16. Sensibilidad animal. Al sol poniente . . . . .	193
17. Un reencuentro fugaz. Naturaleza desordenada . . . . .	203
18. Director en salsa verde . . . . .	211

Capítulo I  
ES LA RUINA.  
DE PISTACHO, NO



Jules y las chicas querían ir con las persianas de las ventanillas echadas mientras atravesaban la ciudad en el carruaje del capitán Nemo, pero Huan se opuso casi con enfado. Y no era para ir viendo calles que se sabía de memoria, sino para que la gente lo viera a él. Sabía perfectamente que, igual que les ocurría a ellos, todos en la ciudad se paraban para observar aquel coche de caballos



cuando rodaba por Nantes, y le complacía la idea de que lo reconocieran montado en él, que lo consideraran alguien cercano, incluso amigo íntimo, de un personaje tan misterioso y fascinante como el capitán Nemo. A fin de cuentas, eran amigos del capitán, ¿no? Pues entonces no había nada malo en que los vieran en su carruaje.

—Tú lo que quieres es presumir, sé sincero —dijo Marie.

A la chica no le gustaba que la gente supiera de sus idas y venidas o quiénes eran sus amigos. No sabía por qué, pero prefería pasar lo más desapercibida posible. Ya llamaba bastante la atención con sus ropas de chico, su pelo corto y sus gorras de pilluelo.

A Jules y Caroline lo que no les agradaba era precisamente que conocieran su relación con Nemo. La chica estaba convencida de que su padre era un enemigo jurado del capitán. Y el padre de Jules consideraba al marino una mala influencia para su hijo, alguien que lo alentaba en aquellos disparates científicos suyos que tantos trastornos ocasionaban en la familia.

Pero Huan se impuso: nada de cerrar las persianas, al contrario, los cristales irían bajados, y los de ambos lados. De hecho, fue asomándose a una u otra ventanilla



dependiendo de en qué lado estuviera más concurrida la calle por la que pasaban. En el par de plazas que atravesaron iba con medio cuerpo fuera; solo le faltó saludar como si él fuera un príncipe o alguien por el estilo y la gente se hubiera reunido para darle la bienvenida.

—Me estás poniendo enferma —le reprochó Marie.

—Te aguantas.

Yamir no los conducía al muelle donde estaba amarrado el *Nautilus*, como pensaban. Pasó de largo el barco y continuó hasta un extremo del puerto. Allí se detuvo frente a la lonja de pescado.

—El capitán os espera dentro —les dijo con su curioso acento oriental.

La lonja era un edificio rectangular, alto y grande, vacío por dentro, sin tabiques. En los muros laterales se abrían grandes ventanas, una tras otra, mientras que en las partes frontal y trasera había dos puertas enormes, por las que podían pasar los carros que luego distribuían el pescado por la ciudad y sus inmediaciones. Cuatro pilares cuadrados se alzaban a lo largo y sostenían el techo de gruesas vigas.





Era un espacio en el que cualquier voz o ruido se oía desde todas partes, ideal para las subastas de las capturas diarias de los pescadores. En aquel momento, el bullicio era semejante al que había durante las subastas, porque los pescadores discutían en voz alta junto a la puerta del fondo. Eran voces malhumoradas, de queja, de desesperación algunas.

Y lo mismo que durante las subastas, el suelo estaba lleno de cajas rebosantes de pescado y de peces que se habían caído al acarrearlas o soltarlas sobre el suelo.

De los cuatro amigos, la única que había estado antes en la lonja era Marie. Alguna que otra vez acompañaba a las monjas encargadas de hacer la compra para el asilo. Cuando en la institución benéfica escaseaba el dinero, lo cual era frecuente, las religiosas se acercaban a la lonja para comprar el pescado directamente allí y no en el mercado. Y casi siempre que intentaban pujar por una caja, el subastador les pedía amablemente que esperaran aparte, que ya se encargaba él. Y cumplía su palabra. Cerraba el trato con el pescador al mejor precio y luego, al final de las ventas, les llevaba en persona la caja. Si el pescador se sentía generoso, el pescado les salía gratis a las monjas, que bendecían mil veces a todos los presentes.



Tal vez por eso, a Marie le gustaba aquel lugar y se sentía a gusto entre los pescadores.

A sus tres amigos les sorprendió tanto la lonja que se quedaron callados, como si hubieran entrado en un templo. Pero un templo en el que la gente gritaba y el olor era insufrible. Caroline, que las pocas veces que había ido a un mercado se había mantenido alejada de la pescadería mientras su madre o la criada compraban, iba a exclamar que allí apestaba, que ella no se quedaba, pero se frenó a tiempo. Podía oír ya el comentario que vendría a continuación, probablemente, de Marie:

—La parisina solo soporta el pescado cocinado y servido en el plato.

Fue Marie precisamente la que se percató de que el olor no era el acostumbrado. No era simple olor a pescado, sino el hedor de peces que llevaban tiempo muertos. También se dio cuenta de que no había ningún movimiento en aquellas cajas. Veía cangrejos, por ejemplo, pero no se movían, ni uno solo; tampoco las nécoras ni los bogavantes.

Marisco y pescado, además, tenían las escamas y los caparazones de un color verdoso, y de eso se dieron cuenta todos.





Junto a la puerta opuesta a la de los pescadores, elegante con su atuendo de ciudad y su sombrero alto, apoyado con ambas manos en el bastón, estaba el capitán Nemo, que examinaba con atención el pescado de las cajas más próximas. Se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo. A unos pasos de él se encontraban el prefecto de policía y dos agentes, a los que habrían avisado los pescadores. Hablaban con un cuarto hombre, seguramente el responsable de la lonja, que gesticulaba mientras les daba explicaciones.

Los chicos se acercaron al capitán sin dejar de mirar los peces verdosos. El hedor aumentaba al adentrarse en la lonja y, como Nemo, también sacaron sus pañuelos.

—Quería que vierais esto con vuestros propios ojos —les dijo el capitán cuando llegaron hasta él—. Es lo que han capturado esta mañana los pescadores con sus redes. Por supuesto, no han podido vender nada, hoy en Nantes no se comerá pescado. Fijaos en el color de esos animales, de todos.

—¿Y dónde...? —empezó a preguntar Jules.

—¿Que dónde han estado pescando? —lo interrumpió el capitán—. Todavía no me he enterado, pero voy a hablar con ellos. Salgamos un momento, necesito respirar.



Nemo hizo un ademán al prefecto como diciéndole que salía un momento y siguió a los chicos hacia la puerta. Desde la calle oyeron una voz más alta que las demás procedente del corrillo de pescadores:

—¡Esto es nuestra ruina!

Yamir, que los esperaba de pie junto al carruaje, les abrió la portezuela al verlos llegar.

—Lleva a los jóvenes a sus casas, Yamir —le dijo el capitán—, pronto será la hora de la comida y sus padres los esperan. Después ven a buscarme.

Los chicos iban a protestar. Era cierto que tenían que estar en casa para comer, pero les intrigaba tanto como al capitán la muerte de aquellos peces. No obstante, se equivocaban respecto a las intenciones de Nemo.

—¿Os apetecería tomar el té conmigo esta tarde?

No, el capitán no quería dejarlos fuera de aquel misterio.

—Con mucho gusto, capitán —respondió Caroline por todos.

—Entonces, en mi hotel a las cinco. Os contaré lo que sepa.

Se montaron en el carruaje y Yamir cerró la portezuela. Al ver que el cochero había subido los cristales de



las ventanillas, con sus extrañas persianas, Huan volvió a bajar el de su lado. Algo llamó su atención y asomó la cabeza.

—Me ha parecido ver al director Mathieu corriendo para meterse en un callejón —dijo—. No sé, puede que no fuera él. Ha desaparecido enseguida.

El hotel, el mejor de la ciudad, era un lugar conocido para los cuatro amigos. En él se alojaba Nemo cuando su barco estaba atracado en Nantes y habían tenido la oportunidad de tomar el té en sus salones un par de veces, mientras pedían consejo al capitán o le informaban de algo importante en el curso de sus aventuras.

El portero de librea y gorra de plato que les había parecido una barrera infranqueable la primera vez que habían ido, y que tan desdeñoso se había mostrado con ellos, les sonrió bonachón e incluso le guiñó un ojo a Huan, que caminaba muy tieso y señorial.

El capitán los esperaba en el salón de siempre, en la misma butaca en que lo habían encontrado sentado las veces anteriores.

—Supongo que querías saber, Jules, dónde habían



echado hoy las redes los pesqueros —empezó a decir el capitán cuando los chicos estuvieron acomodados.

—Sí. Por lo que he visto, todos los peces tenían ese color verdoso —dijo Jules.

—¿Es que el agua del mar se ha vuelto verde y mancha lo que toca? —preguntó por su parte Caroline, que se había dejado llevar por su imaginación.

Nemo sonrió y se dispuso a contestar, pero en ese momento llegó el camarero con una gran bandeja que dejó sobre la mesa. Fue colocando las tazas enfrente de cada uno y por último depositó una pequeña fuente redonda con pastas.

—Hemos hecho pastas con el producto que nos indicó, señor —dijo el camarero—. Espero que sean de su agrado.

Los chicos miraron con curiosidad al capitán. ¿Qué producto sería aquel? No hizo falta que dijeran nada para que Nemo les aclarara:

—Una tarde pregunté si no tendrían pastas de pistacho, un fruto seco muy apreciado en todo Oriente y por el que tengo predilección.

Aquellas palabras reavivaron en los chicos el deseo de saber más sobre Nemo, sobre su origen y su pasado;



conocer la historia de su vida, en resumen. Pero nunca se habían atrevido a preguntarle directamente por ella, y tampoco lo hicieron aquella vez. Ellos habían oído hablar de los pistachos, pero nunca los habían visto ni comido.

—Y ahora me han preparado pastas de pistacho —siguió diciendo el capitán—, qué atentos. Mirad, son esas de ahí, las de color verde.

Los chicos miraron las pastas que Nemo les señalaba y, de golpe, se les pasaron todas las ganas de probar aquellos dulces hechos con un fruto para ellos exótico. Tenían el mismo color verdoso que los peces de la lonja. No pudieron evitar poner cara de asco y mirarse con desconcierto. ¿Qué debían hacer? No comer ni una les parecía una descortesía hacia el capitán, pero estaban seguros de que no podrían llevarse aquellas pastas verdosas a la boca sin vomitar.

Caroline puso una excusa:

—Yo solo me tomaré el té, hoy he comido demasiado ya. Es que en el asilo nos tenían preparado un desayuno especial con los ancianos, una especie de celebración. Y luego la comida en casa, mi padre es muy estricto y no puede quedar nada en el plato.



—¿Qué desayuno especial? —le preguntó Huan, que no había captado el sentido de las miradas de sus amigos. Pero no le cabía en la cabeza que Caroline mintiera tan descaradamente, por lo menos a ellos, porque a sus padres tenía que mentirles todo el tiempo para poder reunirse en el club. Así que pensó que sí que había habido un desayuno especial en el asilo y que él se lo había perdido—. Yo solo he desayunado en mi casa, y luego he comido, claro, pero estoy hambriento.

—No mientas, Huan —le dijo Marie para indignación del chico, que ya no entendía nada. ¡Resultaba que él era el mentiroso!—. Lo que pasa es que eres un glotón sin remedio. Si comes más, te va a sentar mal. Yo estoy llena también.

Huan no hizo caso del consejo de Marie y se puso a comer pastas. Se tragó casi sin masticar dos de chocolate, pero cuando iba a coger una de pistacho, se lo pensó mejor y retiró la mano.

El capitán lo comprendió todo. Él mismo seguía bajo la impresión de la imagen del pescado verdoso y tampoco pudo comer galletas de pistacho. Para guardar las formas, pidió que más tarde se las subieran a su habitación.

—No, Caroline —dijo Nemo—, para contestar a tu







pregunta, te diré que no toda el agua del mar se ha vuelto verde. Ni siquiera el río tiene ese color.

—Y entonces, ¿por qué todo el pescado de la lonja estaba verde? —le preguntó Jules—. ¿Lo ha podido averiguar?

—Porque todos los pescadores han ido al mismo caladero, que se encuentra unas millas costa abajo al salir del estuario del Loira. Es el sitio donde pescan en esta época del año.

—Es decir, que en ese caladero hay algo que hace que las escamas se les pongan verdes a los peces —murmuró Marie.

—Que las escamas se les pongan verdes y que se mueran, Marie —le dijo el capitán.

—No conozco bien esa parte de la costa. No recuerdo que haya fábricas por allí —dijo Jules.

—¿Y qué tienen que ver las fábricas? —preguntó Huan mirando a todos.

—A veces, las fábricas vierten al mar sustancias nocivas —le explicó Nemo—. Tienes razón, Jules, no hay fábricas por allí.

—Entonces, lo que ha matado a los peces solo puede estar... en el mar —dijo Jules.



—En el fondo del mar, para ser exactos —apuntó Nemo—. Algo anclado en el fondo de algún modo, o que pese lo suficiente para no moverse. Si no, las olas lo arrastrarían e iría matando peces por donde pasara. En cierto modo, es mejor que el daño esté tan localizado. Los pescadores no se habrían alarmado por encontrar algún que otro pez muerto en sus redes. Lo habrían tirado al mar y habrían traído el resto a la lonja.

—Pero si las olas no pueden arrastrarlo, la marea tampoco lo sacará a la orilla —reflexionó Jules.

—No, seguirá allí contaminando.

—¡Qué catástrofe! —se lamentó Caroline—. Pobres peces, morirán más y más durante días, meses o años, mientras dure el efecto del veneno. ¡Puede que dure siglos!

—¡Hay que encontrarlo y destruirlo! —dijo Marie con decisión—. ¡Los aventureros del siglo XXI no podemos permitir esto!

—¿Y cómo? —le preguntó Huan—. ¿No has oído que está en el fondo del mar? Habría que ser pez para encontrarlo.

—O sirena... —añadió Caroline.

Jules se quedó callado y, desafiante, miró a los ojos a Nemo. El capitán le aguantó la mirada, como un pulso.





—Quizá haya una manera —dijo al fin el capitán—. Esperemos unos días, en los que me pasará cada mañana por la lonja para saber si en el caladero siguen apareciendo muertos los peces. Y también tengo que preparar el barco, lleva amarrado mucho tiempo. El próximo sábado sería el día ideal.

—¿Ideal para qué? —preguntó Caroline.

—Para explorar aquellas aguas en el *Nautilus*. Explorarlas juntos.

A Jules, que en ese momento apuraba el último sorbo de té, la taza y el platito se le cayeron de las manos y se rompieron al chocar contra el suelo. Marie y Caroline se volvieron hacia él y lo vieron pálido, boquiabierto, pero con ojos ilusionados. Las desconcertó un poco la exagerada reacción de su amigo, tan frío de costumbre. ¿Qué había en la invitación del capitán para que Jules perdiera su aplomo? La travesía en el *Nautilus*, aunque fuera para descubrir la causa de la muerte de los peces, era un plan estupendo para el sábado siguiente, un motivo para alegrarse tanto como se alegraban ellas.

A Huan, por el contrario, la invitación a navegar lo dejó cabizbajo.

